

LA DOBLE VERTIENTE DE LA CRÓNICA ACTUAL DE LA CIUDAD DE SANTIAGO: HISTORIA DEL PRESENTE Y POSTALES EN SEPIA

Gilda Waldman M.

Universidad Nacional Autónoma de México
waldman99@yahoo.com

En la literatura chilena del siglo XX, la ciudad de Santiago ha sido una presencia constante en la narrativa: desde la pequeña ciudad provinciana y pudorosa, en la que convivían los suntuosos palacetes oligárquicos con los arrabales semi-rurales (*Juana Lucero*, de Augusto D'Halmar) hasta la ciudad moderna de anchas avenidas hermosas y verdes zonas residenciales que multiplica sus centros (*Mala Onda*, de Alberto Fuguet); desde la ciudad republicana pero de pretensiones europeizantes (*La chica del Crillón*, de Joaquín Edwards Bello) hasta la de exclusivos edificios que espejean en los faldeos de la cordillera (*El nadador*, de Gonzalo Contreras); desde la ciudad austera, legalista, tejida de calles paralelas y perpendiculares en el centro cívico cuya rígida solidez respondía (aparentemente) a una estabilidad político institucional (*Casa grande*, de Luis Orrego Luco) hasta la ciudad en la que abundaron los centros clandestinos de detención en barrios de clase media (*Una casa vacía*, de Carlos Cerda); desde la ciudad de la turbulencia política y cultural de principios de los 70 (*Soñé que la nieve ardía*, de Antonio Skármeta) hasta la ciudad vigilada llena de tensión, miedo, ira y desesperanza de la dictadura (*El infiltrado*, de Jaime Collyer, o *Santiago Cero*, de Carlos Franz); desde la sordidez del río Mapocho, donde habitan sus seres oscuros y marginales regidos por los códigos del hampa (*El río*, de Alfredo Gómez Morel) hasta los muertos que navegaban por el río en la realidad gris y decaída de los primeros días posteriores al golpe de Estado de 1973 (*Mapocho*, de Nona Fernández). En los últimos años, Santiago se ha hecho notoriamente visible en el “género negro” desarrollado por un autor como Ramón Díaz Eterovic, para quien la ciudad –“triste y desolada”– es el único escenario posible para radiografiar tanto los crímenes de la dictadura como las paradojas y contradicciones de la transición. Santiago ha sido también reinventada en la poesía con el deslumbrante *Paseo Ahumada*, de Enrique Lihn. De igual modo, ha

renacido literariamente a través de la reedición de libros vinculados a ella (*Santiago de Chile*, de Armando de Ramón; *Arenas del Mapocho*, de Ricardo Puelma, y los escritos periodísticos de Joaquín Edwards Bello), y ha sido redibujada imaginariamente para leer, desde ella, al país (*La muralla enterrada*, de Carlos Franz).

Pero ha sido la renovada emergencia de la crónica en el campo literario chileno, con su propio lenguaje y formato de escritura, la que ha privilegiado literariamente en los últimos tiempos a la ciudad de Santiago. No es casual que así sea. Por una parte, su escritura urgente, inmediata, inquieta, transitoria, fugitiva, precisa, fragmentaria y dotada de una voluntad incesante por descifrar la inmediatez¹ se adecua al ritmo de la temporalidad histórica, acelerada y fugaz, de una ciudad como la capital chilena, vinculada intensamente a la economía global (aunque no exenta todavía de formas de vida tradicionales). En este sentido, la crónica –género urbano por excelencia– resulta ser la modalidad discursiva propicia para trazar el mapa cultural de una ciudad abigarradamente heterogénea, registrando los rápidos cambios que experimentan las expresiones arquitectónicas, los modos de vivir, sentir y pensar de los habitantes en los nuevos paisajes urbanos, así como las nuevas dinámicas culturales y las sensibilidades y formas de sociabilidad que caracterizan a las identidades grupales urbanas contemporáneas, etc. Por otra parte, en el entorno de una ciudad pluralmente fragmentada (de Mattos 2002), inabarcable ya literariamente de manera total, la escurridiza escritura de la crónica, –sustancialmente ajena a toda versión definitiva, y caracterizada más bien por su provisionalidad– recrea la multiplicidad de miradas y sentidos posibles con las que sería posible aprehender a una ciudad a la vez y multicultural y fracturada. De igual modo, no se podría dejar de señalar que si la crónica está alcanzando un lugar privilegiado en el escenario literario contemporáneo, tanto en Chile como en otros países latinoamericanos, ello se debe a que, en tanto género híbrido en el que se cruzan periodismo, literatura, ensayo, memoria, autobiografía y diario personal, se inserta en el marco de una de las más importantes tendencias literarias actuales: el cruce entre ficción y realidad, subjetividad e historia. Anclada a la realidad de la que da cuenta, la crónica es al mismo tiempo autorreferencial, subjetiva y parcial. No exenta de artificios literarios, que le permiten crear un universo simbólico veraz, la crónica construye simultáneamente un relato de la historia de cada día, extendiendo la gama de los temas poetizables hacia la cotidianidad urbana. Lábil en sus fronteras, tributaria de la ficción, textura urbana por excelencia, imagen convertida en texto, la crónica entretiene la información factual con la interpretación subjetiva de los hechos ocurridos, en un estilo creativo muy cercano a la literatura.

¹ Recordemos que la crónica circula inicialmente en diarios y revistas, y a veces es rescatada de ese formato perecible en recopilaciones que se publican como libros.

Ciertamente, la crónica ha sido un género de larga data en la historia cultural de Hispanoamérica (Rotker 2005). En México, sus orígenes se remontan a Bernal Díaz del Castillo, pasando por figuras como Guillermo Prieto, Martín Luis Guzmán, Artemio de Valle-Arizpe, José Alvarado y Salvador Novo, hasta llegar a cronistas actuales tan importantes como Carlos Monsiváis, Elena Poniatovska, José Joaquín Blanco, Rafael Pérez Gay, Hermann Bellinghausen y Juan Villoro, entre otros. Chile cuenta también, sin duda, con una tradición cronística importante en la que destacan figuras como José Joaquín Vallejos, Jenaro Prieto y, de manera por demás notable, Joaquín Edwards Bello. Ciertamente, Santiago ha sido una ciudad apetecible y apetecida por la crónica (“mitología de cronistas”, Calderón 2004: 150). Pero el gran auge que ha experimentado en Chile a lo largo de las últimas décadas –y que encuentra representantes notables en jóvenes escritores como Álvaro Bisama, Rafael Gumucio, Pedro Lemebel, Roberto Merino y Francisco Mouat, entre otros, amén de otros cronistas más avezados como Alfonso Calderón o Enrique Lafourcade– responde, a nuestro juicio, a un doble imperativo. Por una parte, cartografiar las actuales formas de ser urbanas que conviven en la ciudad no solo para interpretar la cultura e identidad del país, sino para hurgar en ellas y contrastarlas con la visión idílica que convierte a Chile en “la copia feliz del Edén”. En otras palabras, se trataría de una crónica orientada a develar las verdades ocultas de una ciudad que, al igual que el país, está obsesionada por mostrar solo su rostro más hermoso a través de discursos triunfalistas que exaltan los logros democráticos y económicos post-dictatoriales, pero olvidando que tras el discurso identitario de transparencia, éxito, empuje, dinamismo y eficiencia del Santiago globalizado, extendido, moderno y competitivo se esconde otra ciudad: precarizada, excluyente, fragmentada, carente de espacios de interacción colectivos, y en la cual sus habitantes viven una subjetividad amenazada y vulnerable, no solo por la desigualdad económica sino también por sus temores: a la incertidumbre laboral, a la falta de solidez de los lazos sociales, al aumento de la criminalidad, al caos e incluso a los fantasmas del pasado (Dammert 2004).

Pero el auge de la crónica santiaguina responde asimismo a un segundo imperativo: constituir –en el marco de lo que Andreas Huyssen lo ha denominado “el estallido de la memoria” como preocupación central de la cultura contemporánea occidental (Huyssen 2002)– un ejercicio de memoria para reconstruir una ciudad muy distinta a la actual, es decir, una ciudad borrada permanentemente no solo por terremotos y desastres naturales sino también por políticas oficiales que han buscado su modernización acelerada obligándola a reinventarse continuamente sin poder hacer el duelo por los patrimonios urbanos y culturales perdidos. En este sentido, una de las vertientes importantes de la actual crónica santiaguina se aboca a la tarea de recrear el pasado de una ciudad fuertemente orientada hacia el futuro y que –siempre reacia a integrar el pasado en su memoria– borra continuamente su ayer, en el marco de un país caracterizado por una “identidad contradictoria” (Moulian 1997) plasmada, nítidamente,

en su emblema nacional: “Por la razón o la fuerza”, mismo que perfila la matriz dual que ha recorrido la historia nacional y de la cual todavía, hasta la actualidad, no se puede desprender.

Género de autor (en tanto la subjetividad del testigo socava la objetividad de aquello que describe), –y por tanto, con sus particularidades y acentos que convierten al conjunto de la actual crónica santiaguina en un caleidoscopio oscilante– cronistas como Álvaro Bisama, Rafael Gumucio y Pedro Lemebel sacan a la luz –poética, lúdica, irónica, dolorosa, transgresora, colérica, irreverente y subversivamente– la “otra” realidad de una ciudad que presume optimistamente ser el centro de la modernización del país y que, al mismo tiempo, es una ciudad que, según José Donoso, “nunca llegó a ser”, y por eso “Santiago está lleno de casas abandonadas, ventanas cerradas, puertas bloqueadas, mansiones convertidas en conventillos” (José Donoso, citado por Flores del Pino, 1997:14). En otras palabras, desarrollada por escritores que han realizado su actividad literaria durante la transición democrática, esta vertiente de la actual crónica santiaguina constituiría, así, un relato impugnador que pondría al descubierto la “verdad borrada” de la ciudad, dando cuenta de su historia reciente y recogiendo matices profundos y, en muchas ocasiones, ignorado, de su realidad. Sus voces son, precisamente, las de testigos que, con una mirada veloz, urgente, iluminadora, crítica, acusatoria, desencantada y algo paródica –en la que convergen la crítica política y las confesiones personales– dibujan a través de una visión menor, antiheroica, compuesta por una sucesión de instantáneas fragmentarias, el desolador paraje del Santiago contemporáneo. En otras palabras: se trata de una crónica que esboza la geografía desconocida de un Santiago invisible y secreto, abriéndose a la “palabra ajena” en contraposición a las “ficciones” discursivas hegemónicas, centralizadas y autoritarias. Desde un lugar de enunciación marginal, esta vertiente de la actual crónica santiaguina remarca la contradictoria diversidad santiaguina, en contraposición a la tendencia de concebir a la ciudad como un espacio (simbólico) homogéneo. La crónica se vuelve, así, una “mirada invertida” que explora el submundo –cotidiano y anónimo– del espacio público por excelencia, la calle ciudadana, en la que discursivamente se ejerce la libertad y se adquiere la ciudadanía, pero en la cual los *malls* han reemplazado a la plaza pública, el individualismo consumista a los movimientos colectivos, y los cuerpos extenuados a la memoria de los cuerpos desaparecidos (De la Parra 2002). Las crónicas de Bisama, Gumucio y Lemebel desmienten las leyendas inscritas en las postales turísticas: “Santiago de Chile: una ciudad moderna y atractiva, pujante y dinámica, a los pies de la cordillera de los Andes”. En otras palabras, “cepillan a contrapelo” el presente de una ciudad que, como Rafael Gumucio registra irónicamente, más allá de la nostalgia de quien está lejos de ella (“Santiago es una ciudad que nació para ser añorada”, Gumucio 1999:124), no deja de ser aburrida, fea, ruidosa y contaminada o que, (pretenciosamente) considerada una ciudad con “clase mundial” idónea para hacer negocios e instalar empresas, esconde los “rostros callados, mirando al suelo,

esperando con disciplina militar que los semáforos los dejen pasar” (Gumucio 1999:). En contrapunto a las cifras globales del éxito internacional (Rodríguez y Winchester 2004), la crónica devela las historias tristes de los habitantes ciudadanos –unificados solo por la contaminación (“porque la lluvia que cae sobre todos no solo despeja el cielo de smog y nubes sino que nos hace sentir unidos, parte de un mismo y tragicómico país”, Gumucio 1999:123)– cuyas sensibilidades proscritas los vuelven ajenos a la ciudad. (“Me pierdo en el centro; me meto a una galería y equivoco el camino y pierdo el sentido de la orientación. Voy a la deriva. En Santiago no es difícil ubicarse: sus puntos cardinales funcionan de manera rigurosa, las líneas del metro operan como brújulas... Pero a veces me pierdo. Lo peor de estar perdido en el centro de Santiago es que conoces todas las referencias, pero no sabes cómo salir... A veces imagino que todos esos locos y delirantes que dan vueltas por las calles son gente que se ha perdido... se han quedado como naufragos recorriendo el paisaje del centro... Esas personas son sus víctimas. Son sus huérfanos” (Bisama 2006: 134). A través de la cartografía de paseantes a la deriva –desempleados, trabajadores eventuales, simuladores, payasos, estatuas vivientes, migrantes tanto del interior del país como peruanos, entre otros– Bisama, por ejemplo, mapea la realidad de una ciudad en la que gran parte de sus habitantes son considerados “ciudadanos extranjeros... porque así (es) la ciudad: un inmenso mapa de sitios vedados o desconocidos, a los que solo se podía entrar por la puerta de servicios, jardines sobre los que se podía caminar solo si era el jardinero” (Bisama 2006:78). Porque tras el reconocimiento de los avances alcanzados en los últimos veinte años, la crónica devela que existe la vida cotidiana de un obrero que ya “se acostumbró a la violencia, a los apagones, a los helicópteros zumbando de cuando en cuando, a los balazos sonando en la lejanía de la noche. (Que) aprendió a conocer a los héroes de la población: traficantes rebosantes en plata... Aprendió cómo funcionaba la justicia: escuchó de actuarios que borran los papeles por unos pocos pesos, de carabineros o tiras que hacían trabajos por encargo, de jueces que tenían una moral flexible” (Bisama 2006: 78). Tras las promesas de satisfacción de los deseos hedonistas, la escritura de la crónica desconfía del imaginario urbano creado desde el *marketing*, delineando el perfil urbano de quien “se acostumbró a ser un ciudadano anónimo en una ciudad llena de ciudadanos anónimos porque le gustaba esa rutina de días idénticos donde quedaba lo suficientemente cansado para dormirse y no pensar en lo que venía después, en lo que iba a ser el resto de su vida” (Bisama 2006: 77). Tras las cifras que señalan que “en los últimos años, (el) desempleo ha descendido y las tasas de indigencia y pobreza son las menores del país” (Rodríguez y Winchesters 2004: 115), la actual crónica santiaguina relata la precarización de la vida cotidiana de quien “ocupa una pieza húmeda de un caserón en ruinas y no tiene otra rutina que la que la ciudad le ofrece: vagar sin rumbo por el centro todos los días, esperando nada. A veces consigue vino y pastillas y pasa la tarde viendo pasar las micros en alguna de esas plazas mugrientas que están en Los Héroes” (Bisama 2006: 58). Tomándole el pulso a la ciudad, la actual

crónica devela cómo, tras el discurso democrático, Santiago sigue siendo una ciudad jerárquica y estamentada, en la cual el estatus para saber quién es quién se mide por la pregunta “¿En qué colegio estudiaste?” (Gumucio 1999: 114), en un país donde “ser chileno es pertenecer a un sistema de castas copiado a la mala de una Inglaterra que ya no existe” (Gumucio 1999: 15), y en el cual, aun en democracia, persiste el poder autoritario, profundamente ligado al control económico. “Algún día les tendré que explicar a mis nietos... les contaré cómo pasamos de la dictadura de Pinochet a la de Ricardo Claro, si bien Pinochet arriesgó, al menos, su carrera en el golpe... Les contaré que en Chile la libertad de prensa era inútil porque no había donde ejercerla, que el sufragio universal era un adorno, porque en la mayor parte de las elecciones, el que obtenía menos votos salía elegido; que la libertad sexual era una broma porque el matrimonio era indisoluble” (Gumucio 1999: 14-15).

Pedro Lemebel, a su vez, con mirada ácida y crítica, registra lo que las “buenas conciencias” de la cultura chilena han procurado excluir, trazando un mapa descarnado de la amplia gama de matices de la homosexualidad marginal que se desenvuelve en espacios públicos –parques, autobuses– o privados –sórdidos baños turcos, bloques de viviendas donde viven hacinados los sectores populares– y, particularmente, en espacios de control social como cárceles y cuarteles del ejército (Lemebel 1995), en una ciudad recorrida por el narcotráfico, las maquinaciones político-militares, los resabios dictatoriales, etc., y cuyos habitantes “*tienden a apoyar la resolución de conflictos nacionales por medios no pacíficos...valor cultural (como) señal de un deteriorado espacio público sociopolítico... (y en la que) todavía a fines de la década de los noventa, el treinta y siete por ciento de la población de Santiago manifestaba una opinión favorable a la dictadura o indiferente en relación con la existencia de un sistema democrático o dictatorial*” (Rodríguez y Winchester 2004:132). Hirientes, sarcásticas y dolidas, las crónicas de Lemebel² resumen el mundo de pesadillas de los desperdicios humanos de la ciudad, en especial de los sectores juveniles marginados, desposeídos y descreídos del futuro, “*un futuro inalcanzable para estos chicos...salvándose de las botas para terminar charqueados en la misma carroña...carne de cañón en el tráfico de las grandes políticas*” (Lemebel 2001:35).

El complejo entramado de la actual crónica santiaguina presenta, así, en una de sus vertientes, el “otro” mapa de Santiago, corporizando en la escritura un cuerpo socio-cultural, cifra de un tiempo (que aún se duele de las heridas de un pasado que no ha terminado de supurar) y de un espacio de creciente segregación urbana, carencia de una identidad ciudadana, debilitamiento del espacio público, apatía política, etc.

² Hacemos referencia en este texto solamente al primer libro de crónicas de Pedro Lemebel. *La esquina es mi corazón. Crónica urbana*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2001.

Ciudad “*que ha cambiado, que ya no es lo que era. Que no lo va a volver a ser nunca*” (Bisama 2006:105), Santiago ha sido permanentemente una ciudad deshistóricada (Calderón 2005) y lo es aun más hoy en el entorno de una fuerte especulación que expande crecientemente los núcleos urbanos, así como de las intensas migraciones internas y de la aparición de sectores y edificaciones que se multiplican por la ciudad, transformando el paisaje urbano de manera continua, al tiempo que el tradicional tejido histórico urbano se diluye o desaparece. En palabras de Álvaro Bisama: “*Un aura de levedad lo invade todo. Es casi una metáfora de la historia de Chile: los habitantes de un país nuevo que se internan por un rato en el pasado, que lo visitan sin miedo, culpa o interés... Ese pasado es una casa a la que le falta el mobiliario... No está demasiado agrietada... Pero va a ser demolida igual; el país que vendrá se construirá sobre ese terreno, se edificará sobre esas ruinas*” (Bisama 2006:32). En esta línea, la crónica se vuelve también el espacio de repliegue de la memoria de una ciudad que parece no querer tener relación con el pasado, en su compulsiva orientación hacia lo nuevo. Se trata de una modalidad de crónica reveladora de la historia que busca –evocadora y sugerentemente– las claves memorísticas del imaginario urbano a través de una arqueología de la ciudad que va desempolvando, como capas geológicas, las diferentes épocas y rostros de un Santiago ya desvanecido. Si recordar el pasado es, ciertamente, un acto político, esta segunda vertiente de la actual crónica santiaguina se erige en contra del poder de la amnesia social, ejerciendo un trabajo de contramemoria a fin de crear espacios propicios para que la memoria de una ciudad, “*hecha de violencia y olvido*” (Bisama 2006:16), pueda ser ejercida y compartida.

Así, por ejemplo, un cronista como Roberto Merino se pierde por la ciudad a la manera del *flaneur* benjaminiano –recorriendo incluso rumbos que el *flaneur* evitaría– con una lógica ajena a la racionalidad modernizadora. En este vagar urbano se encuentra con calles a trasmano en las que el tiempo insiste en permanecer, o con esquinas detenidas en las que aún resuenan letanías coloniales o ecos eufóricos de principios del siglo XX. Merino revive bares y viejos palacios descoloridos que aún guardan espacio para la miseria y el desencanto; busca tras las feas fachadas de edificios que alguna vez fueron palacios, hoy envejecidos y deteriorados, los antiguos tesoros de casas coloniales; rastrea los nombres de calles con nombres extraños o incluso incongruentes; persigue lugares escondidos y olvidados portadores de historias escalofriantes; recrea figuras urbanas –pintorescas y estrambóticas– siempre al punto del descalabro físico y emocional; invoca barrios en los que la debacle del tiempo ha causado estragos; encuentra calles que son y siguen siendo espejos de la soledad y la melancolía; hace emerger desde espacios clausurados las pequeñas historias escondidas de los fantasmas de la ciudad, y rehace el camino de “*avenidas vacías, negocios cerrados, departamentos miserables y redes de alcantarilla*” (Merino 1997: 11). El evocador cronista ejerce casi de mago, resucitando a través de la memoria una ciudad formada por una red intrincada de calles, personas, silencios, capas geológicas, ruidos,

pasado y esperanzas. Desde una memoria entrelazada con el presente, Merino resucita la antigua escenografía santiaguina, dando un nuevo latido al pulso de la ciudad a través de pinceladas trazadas desde la ausencia. En una ciudad atravesada, en palabras de Álvaro Bisama, por “el olvido y la levedad”, Roberto Merino traza la memoria del pasado-presente de la ciudad a lo largo de trescientos años, una ciudad que ha cambiado frecuentemente de piel y en la cual “*el supuesto de que para construir hay que demoler ha sido, hasta hoy, inapelable*” (Merino 1997:23). En sus crónicas recoge fragmentos del pasado ciudadano, desdibujados y polvorosos, para ir armándolos como un rompecabezas, siempre inconcluso; recoge las miradas que viajeros extranjeros han lanzado, desde hace varios siglos, sobre Santiago; desempolva las sombras y discontinuidades de una ciudad que ha expulsado a sus habitantes del pasado (“*aunque da la impresión de que a nadie le importa mucho. Curiosamente, las mayorías silenciosas o bullangueras no tienen ninguna relación real con el pasado*” (Merino 1997: 22). Merino descubre lo que se esconde tras las penumbras diurnas y nocturnas de Santiago, revelando, por ejemplo, la vida oculta de homosexuales y prostitutas que bulle en las calles paralelas a la arbolada avenida Santa Lucía, o la muerte que se esconde tras los barrios que de día parecen pacíficos pero que en la noche son espacios de sordidez amenazante, o la Corte de los Milagros que se instala en las proximidades de un lugar histórico tan emblemático como la iglesia de San Francisco. Merino espía —a través de una extraña amalgama de historietas, recuerdos, vivencias y anécdotas cotidianas— los días y las noches de Santiago encontrando, tras su (aparente) presente perpetuo, los rasgos arqueológicos de un pasado deteriorado o las atmósferas misteriosas y melancólicas de casas señoriales, salas de té subterráneas, pasajes, callejones laberínticos y portales en vías de extinción. Merino crea, así, una “escritura en sepia” de una ciudad deshistorizada “*que se desvanece a diario*” (Bisama 2006: 17), revelando, asimismo, los secretos históricos de un Santiago virtualmente desconocido para sus habitantes. ¿Alguien recuerda, por ejemplo, la larga y dolorosa construcción del Puente de Cal y Canto y su estruendosa destrucción (Merino 1997: 15-18), o que la actual Casa de la Cultura de la municipalidad de Santiago fue una *boite*, La Posada del Corregidor (“*sitio recurrente de los clandestinos suscriptores de Cupido donde los mozos atendían con linterna y los músicos de la orquesta eran ciegos*” (Merino 1997:56), la cual, a su vez, había sido la casa del cruel y legendario corregidor Zañartu, constructor del Puente de Cal y Canto? ¿Alguien sabe que en el céntrico portal Fernández Concha, “*invisible desde la calle, en el medio de un patio insospechado y sombrío, hay una pequeña casa tipo bungalow de la Florida, con lavadero y colgadero*” (Merino 1997: 117) o que existe todavía el conventillo donde Joaquín Edwards Bello “*localizó el escenario de su novela El Roto*”? (Merino 1997: 129).

En esta misma tesitura memorística, en una ciudad donde la bohemia se ha trasladado a bares o *pubs*, y los cafés ya no existen como puntos de encuentro, el cronista Manuel Peña Muñoz rastrea los cafés literarios, salones de té y confiterías donde los

escritores chilenos conversaban, entre ellos o con intelectuales y políticos latinoamericanos perseguidos durante los treinta y los cuarenta, sobre arte y literatura (Peña Muñoz 2001). A su vez, la memoria de Oreste Plath, en un muy particular reciclaje de la nostalgia, recorre olores, sonidos, voces, aromas, rumores, conversaciones, hechos y personas del viejo centro santiaguino (que “*fue una vez todo Santiago*”, Franz 2001: 59) “*y que hoy son solo recuerdos en viejas postales o en publicaciones que recogen un Santiago que se fue*” (Plath 1997).

Si el centro de Santiago fue hasta algunas pocas décadas el núcleo vital y urbano de una ciudad hoy fragmentada, carente de continuidad y de tradición, desgarrada entre la compulsión hacia lo nuevo y los peligros que significan las rupturas de la desmemoria, y si la vertiente memorística de la actual crónica urbana constituye un ejercicio no solo evocador y sugerente sino también algo desesperado, que no quiere olvidar ni que los habitantes ciudadanos olviden, no podía quedar exenta de ella la reconstrucción histórica de ciertos puntos clave del imaginario urbano, referencia cultural y emocional de la memoria social santiaguina: el cerro Santa Lucía, la Quinta Normal, el Parque Cousiño, la Estación Central, la Plaza de Armas, el Teatro Municipal, la Alameda, el cerro San Cristóbal, el Parque Forestal, el río Mapocho, entre otros. A esa tarea se aboca la crónica de Alfonso Calderón (Calderón, 2004), quien, a través de una exhaustiva revisión de cartas de viajeros, revistas de época, memorias de residentes, documentos históricos, anales oficiales, textos literarios y reproducciones fotográficas, recrea la microhistoria de la geografía santiaguina y su vida social desde épocas coloniales hasta los primeros años del siglo XX. En busca del “tiempo perdido” de una ciudad geográficamente muy distinta a la del presente, Calderón recrea, con escritura de bisturí, el núcleo central de un Santiago semirural, provinciano, discreto, austero, opaco y jerárquico, pero que paulatinamente va modernizando su perfil hasta llegar a ser, en la década de 1930, el corazón de una ciudad que vive con entusiasmo la llegada al poder del Frente Popular, las tensiones causadas por la guerra civil española, el turbulento surgimiento de grupos socialistas y nazista, la guerrilla literaria, etc. y, durante las dos décadas siguientes, un espacio urbano donde comenzarían a abundar cafés, bares (Peña Muñoz 2002), cines, restaurantes, cabarets, etc. (Plath 1997) hasta convertirse en el punto neurálgico de la agitación cultural y política de los años sesenta y principios de los setenta. En la actualidad, ni la Alameda, ni el Parque Forestal, ni la Quinta Normal ni el Parque Cousiño tienen mucho que ver con los paisajes urbanos creados en la crónica de Alfonso Calderón. Pero el viaje por el tiempo a través de la geografía más relevante de Santiago constituye una memoria histórica —poco conocida— de sitios emblemáticos de la ciudad, que permite a los lectores de la crónica urbana no solo preguntarse acerca de los alcances de su crecimiento y cambios actuales sino también incorporar algunos de los debates que al respecto se están generando en la esfera pública al espacio de la escritura.

Historia del presente y museo de la memoria, la crónica explora, así, las verdades ocultas de una ciudad en la que conviven la globalización y los fantasmas urbanos, el optimismo y las percepciones de miedo e inseguridad, la fragmentación urbana que multiplica sus barrios por doquier y los claroscuros de un pasado desvanecido pero que no termina de desaparecer. Si los habitantes de Santiago se preguntaran ¿dónde está nuestra ciudad?, podría responderse: en la literatura, ciertamente, y en la actual crónica, sin duda. Es decir, en ese género híbrido que no solo permite conectar la vida de Santiago contemporáneo con la vida de la ciudad de otros tiempos –pese a lo disímiles que ambas parezcan ser– sino fundamentalmente auscultar el alma de una ciudad que, mucho más que lugares, es una red intrincada de silencios y malestares, de reinvencción continua y capas geológicas, de seducciones y desafíos, de intersticios y olvidos.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bisama, Álvaro. *Postales urbanas*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 2006.
- Calderón, Alfonso. *Memorial de Santiago*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2005.
- Cerda, Carlos. *Una casa vacía*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 1996.
- Collyer, Jaime. *El infiltrado*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 1989.
- Contreras, Gonzalo. *El nadador*. Santiago de Chile: Alfaguara, 1995.
- D'Halmar, Augusto. *Juana Lucero*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1961.
- Dammert, Lucía. “¿Ciudad sin ciudadanos? Fragmentación, segregación y temor en Santiago”. *Revista EURE*. Volumen XXX, n° 91. Santiago de Chile, diciembre 2004.
- De la Parra, Marco Antonio. *El cuerpo de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Planeta, 2002.
- De Mattos, Carlos. “Transformación de las ciudades latinoamericanas. ¿Impactos de la globalización? *Revista EURE*. Volumen 28, n° 85. Santiago de Chile, diciembre 2002.
- De Mattos, Carlos, María Elena Ducci, Alfredo Rodríguez y Gloria Yáñez (eds.). *Santiago en la globalización: ¿una nueva ciudad?* Santiago de Chile: SUR-EURE libros, 2004.
- De Ramón, Armando. *Santiago de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2000.
- Edwards Bello, Joaquín. *La chica del Crillón*. Santiago: Editorial Universitaria, 2007.
- Fernández, Nona. *Mapocho*. Santiago de Chile: Editorial Planeta, 2002.
- Flores del Pino, Carlos. “Pepe Donoso, un homenaje”. *Revista de Crítica Cultural*, Santiago de Chile, junio 1997.
- Franz, Carlos. *Santiago Cero*. Santiago de Chile: Editorial Planeta, 1997.

- . *La muralla enterrada*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena, 2001.
- Fuguet, Alberto. *Mala Onda*. Santiago de Chile: Editorial Alfaguara, 1999.
- Gelpi, Juan. “Sujeto y cultura urbana (Octavio Paz, Elena Poniatowska y José Joaquín Blanco)”. *Revista de Crítica Cultural* 14, junio 1997.
- Gómez Morel, Alfredo. *El río*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 1997.
- Gumucio, Rafael. *Monstruos cardinales*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2002.
- Huyse, Andreas. *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Lihn, Enrique. *El Paseo Ahumada*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 2003.
- Merino, Roberto. *Santiago de memoria*. Santiago de Chile: Editorial Planeta Chilena, 1997.
- . *Horas perdidas en las calles de Santiago*. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 2000.
- Mouat, Francisco. *Chilenos de raza*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 2004.
- Moulian, Tomás. *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997.
- Orrego Luco, Luis. *Casa grande*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1993.
- Paz, Sergio. *Santiago bizarro*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 2003.
- Peña Muñoz, Manuel. *Los cafés literarios en Chile*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2001.
- Pérez Negrete, Margarita. “Las metrópolis latinoamericanas en la red mundial de ciudades. ¿Megaciudades o ciudades globales?”. *Memoria* 156. México, febrero 2002.
- Plath, Oreste. *El Santiago que se fue. Apuntes de la memoria*. Santiago de Chile: Editorial Grijalbo, 1997.
- Puelma, Ricardo. *Las arenas del Mapocho*. Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1947.
- Rodríguez, Alfredo y Lucy Winchester. “Santiago de Chile: Una ciudad fragmentada”. *Santiago en la Globalización ¿una nueva ciudad?* De Mattos, Carlos; María Elena Ducci; Alfredo Rodríguez et al. (editores). Santiago de Chile: Ediciones SUR, 2004.
- Rotker, Susana. *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Skármeta, Antonio. *Soñé que la nieve ardía*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1984.
- Valdés, Hernán. *A partir del fin*. México: Ediciones Era, 1981.

RESUMEN / ABSTRACT

Si bien en la literatura chilena del siglo XX la ciudad de Santiago ha sido una presencia constante en la narrativa, actualmente ese lugar lo ocupa la crónica, por las características mismas del género (precisión, urgencia, inmediatez y fragmentariedad) que le permiten interpretar adecuadamente los modos de vivir, sentir y pensar los espacios urbanos contemporáneos y sus dinámicas culturales. El actual auge de la crónica santiaguina responde a un doble imperativo. El primero, cartografiar las actuales formas de ser urbanas para contrastarlas con la visión idílica que convierte a Chile en "la copia feliz del Edén". El segundo, constituir un ejercicio de memoria para reconstruir en la escritura una ciudad borrada no solo por desastres naturales sino también por políticas oficiales que la han modernizado aceleradamente obligándola a reinventarse continuamente sin poder hacer el duelo por los patrimonios urbanos y culturales perdidos.

PALABRAS CLAVE: Santiago de Chile, crónica urbana, Álvaro Bisama (1975), Rafael Gumucio (1971) y Pedro Lemebel (1955).

THE TWO MODALITIES OF CURRENT LITERARY CHRONICLES ON THE CITY OF SANTIAGO: A HISTORY OF THE PRESENT AND POSTCARDS IN SEPIA

If throughout 20th century Chilean literature the city of Santiago had been the object of representation mainly in the genre of narrative fiction, today this function has been taken over by the literary chronicle. This is due in large part to the accuracy, urgency and immediacy that allows this genre to interpret the ways of living, feeling and thinking the different contemporary urban spaces and their cultural dynamics. The actuality of the chronicle responds to a double imperative. First, to map the present urban lifestyles in order to contrast them with the idyllic vision that turns Chile into "the felicitous image of Eden". Secondly, as an exercise in memory which aims at reconstructing a city that has been made to disappear not only by natural disasters, but also by government policies that have modernized Santiago while setting aside no time to mourn the lost urban and cultural patrimony.

KEY WORDS: Santiago de Chile, urban chronicle, Álvaro Bisama (1975), Rafael Gumucio (1970), Pedro Lemebel (1955).

Recibido el 26 de julio de 2008

Aprobado el 30 de agosto de 2008

RESUMEN / ABSTRACT

Si bien en la literatura chilena del siglo XX la ciudad de Santiago ha sido una presencia constante en la narrativa, actualmente ese lugar lo ocupa la crónica, por las características mismas del género (precisión, urgencia, inmediatez y fragmentariedad) que le permiten interpretar adecuadamente los modos de vivir, sentir y pensar los espacios urbanos contemporáneos y sus dinámicas culturales. El actual auge de la crónica santiaguina responde a un doble imperativo. El primero, cartografiar las actuales formas de ser urbanas para contrastarlas con la visión idílica que convierte a Chile en "la copia feliz del Edén". El segundo, constituir un ejercicio de memoria para reconstruir en la escritura una ciudad borrada no solo por desastres naturales sino también por políticas oficiales que la han modernizado aceleradamente obligándola a reinventarse continuamente sin poder hacer el duelo por los patrimonios urbanos y culturales perdidos.

PALABRAS CLAVE: Santiago de Chile, crónica urbana, Álvaro Bisama (1975), Rafael Gumucio (1971) y Pedro Lemebel (1955).

THE TWO MODALITIES OF CURRENT LITERARY CHRONICLES ON THE CITY OF SANTIAGO: A HISTORY OF THE PRESENT AND POSTCARDS IN SEPIA

If throughout 20th century Chilean literature the city of Santiago had been the object of representation mainly in the genre of narrative fiction, today this function has been taken over by the literary chronicle. This is due in large part to the accuracy, urgency and immediacy that allows this genre to interpret the ways of living, feeling and thinking the different contemporary urban spaces and their cultural dynamics. The actuality of the chronicle responds to a double imperative. First, to map the present urban lifestyles in order to contrast them with the idyllic vision that turns Chile into "the felicitous image of Eden". Secondly, as an exercise in memory which aims at reconstructing a city that has been made to disappear not only by natural disasters, but also by government policies that have modernized Santiago while setting aside no time to mourn the lost urban and cultural patrimony.

KEY WORDS: Santiago de Chile, urban chronicle, Álvaro Bisama (1975), Rafael Gumucio (1970), Pedro Lemebel (1955).

Recibido el 26 de julio de 2008

Aprobado el 30 de agosto de 2008